

LA MARINA EN MARRUECOS: EL LARGO CAMINO HASTA ALHUCEMAS

José CERVERA PERY
Correspondiente de la Real Academia de la Historia
(General de Brigada Cuerpo Jurídico Militar)



A circunstancia de conmemorarse el setenta y cinco aniversario del desembarco español en Alhucemas que señaló el principio del fin de la larga, sostenida y sangrienta guerra con Marruecos, por su relevancia y significación no podía ser pasada por alto. La REVISTA GENERAL DE MARINA, con indudable acierto, dedica su número monográfico de 2000 a la glosa y análisis de muy diferentes operaciones de desembarco, incluido el propio

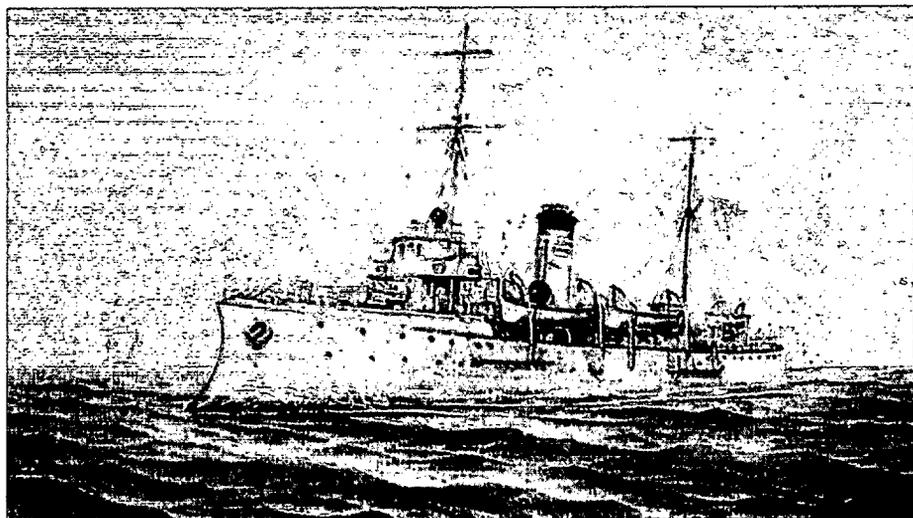
de Alhucemas. Pero el camino fue largo hasta llegar a él, y comportó no pocos esfuerzos y sacrificios, en los que la Marina —tan olvidada siempre por los panegiristas de otras glorias— tuvo en no pocas ocasiones un protagonismo esencial. Es, por tanto, de justicia una revisión a grandes rasgos del comportamiento naval en aquellos duros años de retrocesos y frustraciones hasta la culminación feliz de aquella tremenda empresa.

La Marina en Marruecos

La situación que se plantea en Marruecos desde 1909, año de trágicas resonancias, dista mucho de ser esperanzadora.

El desgaste que el ejército padecerá a partir de aquella fecha será una tara negativa en la articulación de España. Por encima de las peripecias de la política interior la acción de Marruecos acabaría convirtiéndose dentro de la vida española en un factor determinante de disensiones y contrastes.

¿Qué se quería o qué se pretendía realizar en Marruecos? El historiador García Escudero ha construido una exacta cronología en una valoración de urgencia muy estimable. ¿Fue una guerra verdadera o no hubo tal guerra más que a partir de Annual? Cuando menos —dice— hubo desde mucho antes una sangría constante, una causa permanente de zozobra y agitación que ni era suficiente para resolver el problema ni tan leve en hombres y dinero que el país pudiera dejar de sentirla «pesar» a cada minuto sobre sus hombros. La realidad es que los gobiernos aplicaban de mala gana los tratados, y siempre a



Cañonero *Laya* (1912-1938). (Óleo: F. Portela. Museo Naval. Madrid).

remolque de la acción francesa que en 1911 había entrado en Fez. El sultán aceptó el protectorado de Francia, sobre todo Marruecos, con Lyautey de residente general, y ello forzaría a España a fijar su posición firmando en 1912 el tratado con Francia «que de hecho convertiría la presencia española en el Rif en un subprotectorado» (J. R. Alonso). Canalejas tuvo visión del problema. Los franceses nos hubieran dejado sólo con Ceuta y Melilla, aunque esto no hubiera agradado a Inglaterra, temerosa de aquel predominio francés en la zona cercana a Gibraltar.

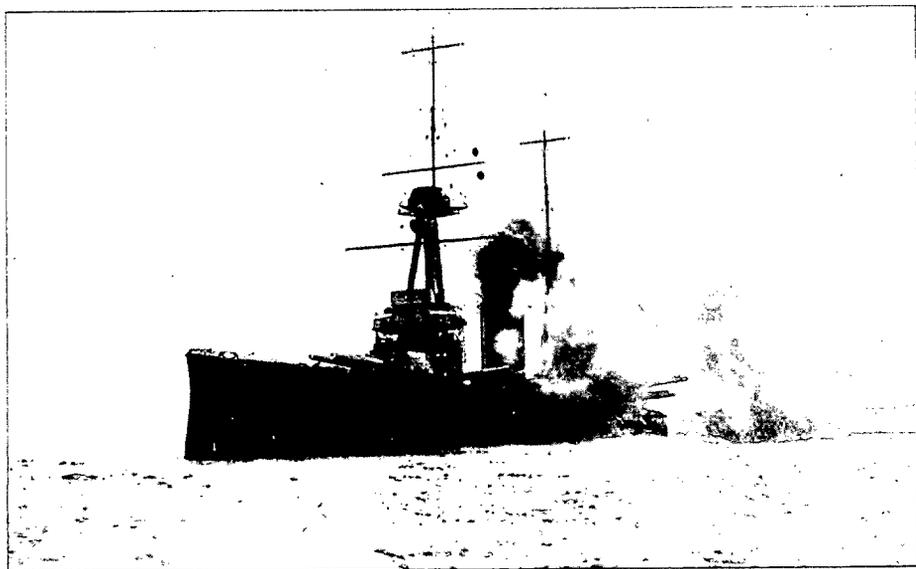
Se viene repitiendo con determinado énfasis que con Marruecos estamos obligados a entendernos, y los hechos han venido demostrando la veracidad de este planteamiento. Acaso nuestras relaciones con eso que hoy llamamos Marruecos, y que en la primera historia fue la Mauritania Tingitania, se iniciaron hace miles de años, pero las que inciden en influencia actual son las que arrancan del Tratado Hispano-Marroquí de 1767 a comienzos del reinado de Carlos III, y en el que ya se compromete nuestra política exterior al otorgar a España unos establecimientos frente a las islas Canarias, que fijados sin precisión nadie sabía de verdad donde estaban (Santa Cruz del Mar Pequeña). Lo cierto es que poseíamos Ceuta y Melilla y que Orán fue abandonado en el reinado de Carlos IV tras un tremendo terremoto, y que en 1775 se fracasó en una operación ante Argel. Pero está la famosa campaña de Marruecos del general Prim, en la que la Armada jugó un buen papel, ya que varios de sus buques recorren incesantemente las costas donde se combate y participan en las acciones. Son los navíos *Reina Doña Isabel* —de arrogante porte las fraga-

tas *Princesa de Asturias*, *Blanca* —que años más tarde habrá de cubrirse de gloria en la campaña del Pacífico— y *Cortés*. Las corbetas *Villa de Bilbao* e *Isabel II*, las goletas *Rosalía*, *Ceres*, *Gaditana* y *Buenaventura*; los vapores *Isabel II*, *Colón*, *Vasco Núñez*, *León*, *Sanra Isabel*, *Lepanto*, *Liniers*, *Pilar*, *Alerta* y *Vigilante*, además de las fuerzas sutiles integradas por cañoneros, faluchos y urcas; una gran agrupación que apoya las operaciones del ejército por tierra en tan eficaz como necesaria colaboración.

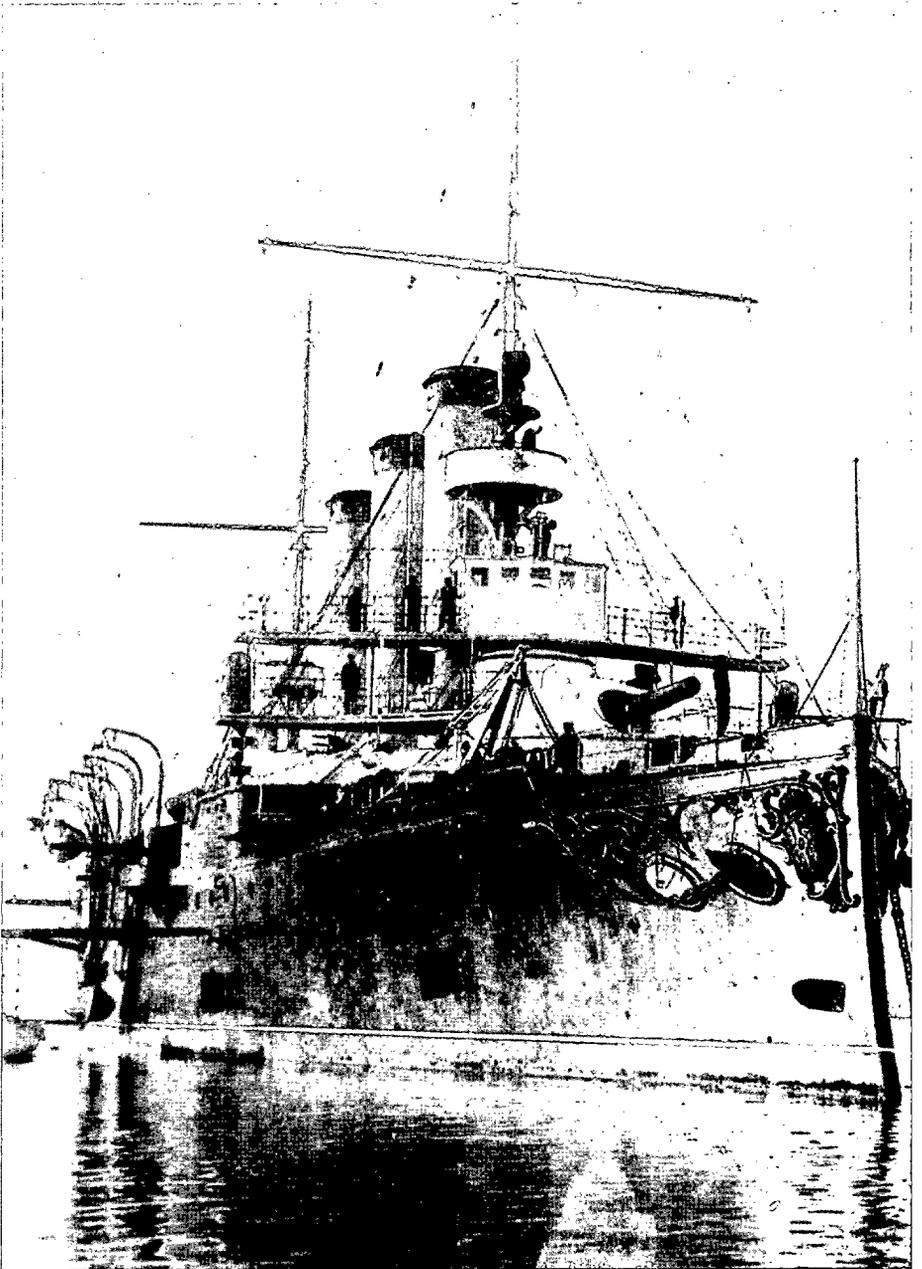
La decadencia de Marruecos se hizo evidente cuando los sultanes se declararon impotentes para contener a las tribus sublevadas y los impuestos tenían que ser cobrados a la fuerza. Fruto de ello sería el primer tratado de reparto iniciado en 1904 y realizado finalmente en 1912 que estuvo vigente hasta 1956, con todas las vicisitudes conocidas de por medio.

En la lucha del Rif desde 1909 a 1927 quedarón más de cincuenta mil muertos. Perdimos el protectorado, aunque naturalmente más perdió Francia, pero nació un Marruecos moderno con una administración centralizada.

Los intereses seculares de España en Marruecos se complicaron a lo largo del último siglo por el crecimiento de las ambiciones francesas, inglesas, italianas y alemanas en el norte de África. España, aferrada a antiguos lazos culturales y económicos que la unen con Marruecos, no dio señales de ambi-



El acorazado *España* dispara sus piezas del 30,5 sobre las posiciones marroquíes. En el palo proel lleva izadas las dos bolas que indican que está «sin gobierno», porque cuando ponía en uso la artillería de grueso calibre toda la energía que las calderas eran capaces de suministrar se mandaba para los cañones, quedando el buque temporalmente sin propulsión. (Foto: Colección D. Quevedo Carmona).



Carlos V.

ción imperialista hasta que fue obligada por las pretensiones de las otras potencias... El problema marroquí se le impuso a España por circunstancias históricas, no por ambición. Pero un error que costaría caro fue el de ignorar a los primitivos dueños del imperio marroquí, a los que nunca se le consultó en los repartos de su tierra en las «esferas de influencia». En consecuencia obraron como les convino en hostigamientos e incursiones. Otro error fue menospreciar su potencial combatiivo y considerar, por trayectoria histórica, que sería fácil seguir vencéndolos.

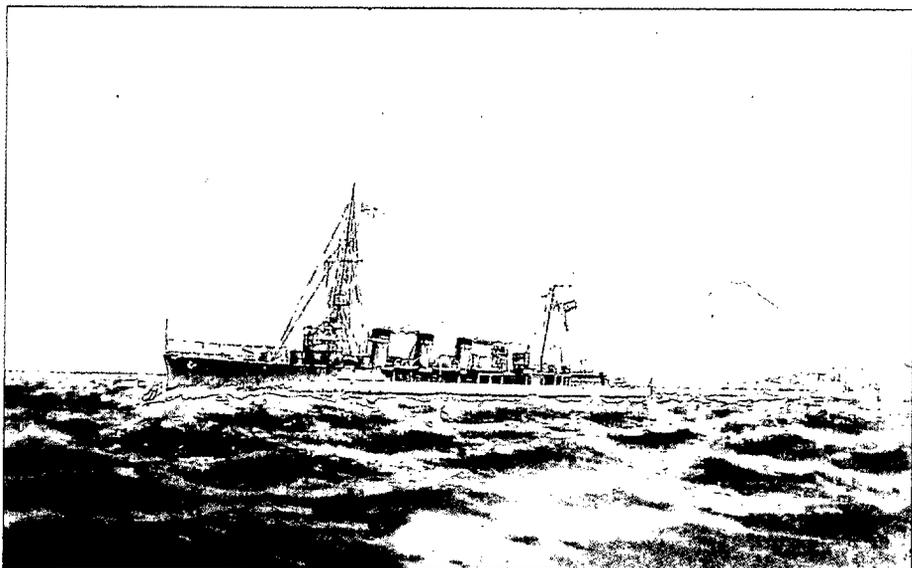
En principio la acción de la Marina en Marruecos deviene como consecuencia de actos de piratería y contrabando de armas que no puede controlar el sultán. Un moro rebelde, el Roghi, ocupa la Restinga, y el acorazado *Numancia* tiene que evacuar a más de cien personas adictas a España. La Marina bombardea la zona de



Juan Bautista Aznar y Cabanas (1860-1933), capitán general de la Armada. (Óleo: J. García Condoy. Museo Naval, Madrid).

cabo Aguas y destaca al cañonero *Álvaro de Bazán*. Las cabilas son hostilizadas y se colabora con el ejército con fuerzas de desembarco procedentes de las dotaciones de los cañoneros *General Concha* y *Marqués de la Victoria*. Se recupera la Restinga y el cañonero *Concha* juega un gran papel. En julio de 1909 las fuerzas navales inician el bombardeo del río Kert y los alrededores de cabo Negro, acción encomendada a los cañoneros *Doña María de Molina* y *Martín Alonso Pinzón*. Se refuerza la defensa de Melilla y participan fuerzas de marinería del *Numancia*, *Extremadura* y *A. Lobo*.

A partir del desastre del barranco del Lobo, la Marina aumenta sus efectivos en Marruecos creando la Agrupación de Fuerzas Navales de Operaciones en el norte de África, al mando del vicealmirante Morgado. Se integraban en ellas los cruceros *Carlos V*, *Princesa de Asturias* y *Extremadura*, junto al destructor *Osado*. La agrupación recibiría el bautismo de fuego en los apoyos a los combates de Beni Sicar y Ulad Setur. Por Ceuta y Melilla andaban los cañoneros *Marqués de la Victoria*, *Don Álvaro de Bazán* y *Doña María de Molina*, con lo que el despliegue peninsular quedaba muy empobrecido. De todas formas, aunque se remataron con éxito las operaciones marroquíes, la oposición, que aprovechó bien lo de la Semana Trágica, forzó la dimisión de Maura para que entraran de nuevo los liberales en el Gobierno.



Crucero *Blas de Lezo*. (Museo Naval. Madrid).

Hasta el propio Domínguez Benavides, —crítico donde los haya— reconoce que la Marina apoyó con éxito las operaciones del ejército de Marruecos. La ocupación de Larache y Alcazarquivir por fuerzas de desembarco transportadas a fines de mayo de 1911 en el crucero *Cataluña* y transporte *A. Lobo* fueron acciones brillantes. Pero el problema seguía sin solución aparente y la Marina se veía obligada a intervenir en las operaciones de limpieza. El *Extremadura* y los cañoneros *G. Concha*, *María de Molina* y *Don Álvaro de Bazán* prestaban valiosos servicios en aguas de Chafarinas, Tres Forcas, Alhucemas, playa de la Restinga y cabo Aguas, persiguiendo el contrabando o avituallando columnas. Nuevos recrudecimientos en lo que ha sido calificado por Tuñón de Lara como «serie de equivocaciones» obligan a simular un desembarco en Alhucemas llevado a cabo por contingentes del *Pelayo*, y el éxito animó al desembarco en serio para aliviar la presión de las cabilas sobre la región del Kert. Se estableció un estado mayor conjunto al mando del vicealmirante Santaló con generales de tierra, y la operación movilizó 8.500 hombres transportados en vapores, con el apoyo de *A. Lobo* y los cañoneros *Recalde* y *G. Concha*. Sin embargo, el proyecto fue anulado por su improvisación, aunque los buques de guerra españoles siguieron las operaciones de limpieza del litoral, sometiendo a un generoso esfuerzo a las unidades mencionadas, a las que también se unieron más tarde el crucero *Reina Regente*, acorazado *Pelayo*, *Río de la Plata*, cañoneros *Lauria* y *Laya*, y torpederos *Audaz*, *Osado* y *Proserpina*.

A fines de diciembre de 1913 se inicia una paralización de las actividades navales en aguas de Marruecos, y enseguida la gran guerra actuará como catalizadora de los gestantes conflictos marginales. Ello afectará a Marruecos, cuyo escenario bélico arroja también escasa actividad a lo largo de 1914 y 1915. No obstante, continuarán patrullas y vigilancias pacíficas frente al litoral, y el clima de paz y tranquilidad se extendió también a 1916 en que las actividades navales fueron aún más reducidas. Otros escenarios precisaban mayores atenciones y, aunque los avatares de la primera guerra mundial no nos afectaron directamente, el triunfo aliado no iba a tardar en repercutir sobre Marruecos al intentar Francia —como escribe Bordejé— poner en entredicho los acuerdos de Algeciras y apoyar las aspiraciones secesionistas de rebeldes como Abd el Krim, el más temible y peligroso enemigo de los españoles.

En relativo clima de tranquilidad y calma se mantuvo el protectorado hasta 1919, y aunque en la metrópoli la debilidad de los gobiernos para solucionar el problema era evidente, en Marruecos la actividad naval pudo relajarse y centrarse en esporádicas operaciones de castigo, limpieza o vigilancia para las que se bastaban y sobraban los cañoneros *Laya*, *Lauria*, *Bonifaz* y *Recalde*. La paz, sin embargo, era más aparente que real y en base al mantenimiento de posturas acomodaticias. El Raisuni seguía imponiendo su ley en la zona que dominaba, y el Rif era tierra de nadie, a pesar de penetraciones más o menos razonables; pero en España había dejado de obsesionar el problema de Marruecos, y el nombramiento del general Berenguer como alto comisario ofrecía mejores perspectivas. Se trazó así el plan para la neutralización de El Raisuni, intentando sustraerle toda influencia con las cabilas, bien por negociaciones diplomáticas, bien acudiendo a la acción militar si aquéllas fracasaban; pero surgieron nuevos factores que no se tomaron en cuenta y que habrían de incidir negativamente en la evolución no pacífica del protectorado. De una parte, la aparición en escena del general Fernández Silvestre como comandante general de Melilla; de otra, el destacado protagonismo de Abd el Krim, al que tampoco se le prestó la atención que merecía, visto su poder y ascendiente entre los belicosos rifeños.

La falta de entendimiento Berenguer-Silvestre propiciaría mayores complicaciones a la larga, pero de entrada motivó una mayor actividad naval, pues, además del hostigamiento de las cabilas de Alhucemas, se prestó apoyo desde la costa al avance de la columna Castro Girona por el *Princesa de Asturias* y *Bonifaz*, mientras que el *Recalde* protegía el transporte de tropas a bordo de mercantes.

La absurda disposición de fuerzas en la región de Melilla —al obrar el impulsivo Silvestre por su propia cuenta— fue aprovechada al máximo por Abd el Krim, que logró el levantamiento de todas las cabilas del Rif, con lo que le fue fácil copar los dispersos grupos que, mal afianzados en posiciones inseguras y con una retaguardia hostil, fueron definitivamente batidos en el desastre de Annual, que costó la vida al propio Silvestre y acarreó una desor-

denada retirada en la que pánico y desbarajuste alcanzaron cotas insólitas, y supuso para la Marina costosas servidumbres. Así, la escuadra al mando del vicealmirante Aznar se las vio y se las deseó para proteger Melilla —muy directamente amenazada tras la pérdida de la posición del monte Arruit donde se había mantenido precariamente el general Navarro—, y de todo el litoral desde Sidi Dris a Sidi Hassain, con objeto de evacuar fuerzas del ejército, aunque la carencia de medios navales obligó a la requisita de buques mercantes. Entretanto el crucero *Princesa de Asturias* se situó frente a Afrau en la costa noroeste; el *Cataluña* cubría la zona del penón de Vélez de La Gomera, y los cañoneros *Lauria* y *Álvaro de Bazán*, con el cazatorpederos *Bustamante*, protegían punta de Pescadores, Alhucemas y cabo de Aguas o patrullaban continuamente desde río Martín a Tiguizas.

El desastre de Annual propició por quinta y última vez un gobierno Maura, hombre que al decir de Tuñón de Lara sólo era reclamado en los momentos excepcionales, pero que no convenía en absoluto en los momentos normales. Su política en Marruecos fue de mano dura, pero mientras se apoderaba firmemente de las riendas buscaba la forma de establecer alguna forma de gobierno autónomo con lo que la carga marroquí hubiese pacificado los espíritus, llegando a proponer, como indica Ricardo de la Cierva, una tesis semiabandonista que reducía la presencia deseable de España en el protectorado a posiciones costeras desde las que se proyectase la influencia pacificadora. Esta tesis fue incluso superada por Primo de Rivera, que luego logró acabar con el problema.

Maura, demostrando un buen sentido práctico, no acometió operaciones de envergadura, prefiriendo establecer unas zonas en las proximidades de la costa y plazas de soberanía para desde ellas reconquistar cuanto se había perdido. Este plan permitiría recuperar monte Arruit y adelantar las defensas de Melilla en treinta kilómetros. Dentro de estas actividades la Marina contó con la incorporación del transporte *Contramaestre Casado*, a la escuadra en la que ya figuraban los acorazados *España* y *Alfonso XIII* —frutos del Plan Ferrándiz— y con nuevas unidades, sobre todo remolcadores, tan necesarios en el tipo de operaciones navales que se planteaban. Diversas unidades de la flota colaboraron también en la recuperación de Restinga y Nador, con brillantes operaciones sobre la mar Chica y bombardeos y evacuación de los bloqueos de Sidi Dris, Sidi Messaoud, Megan y Kasseras. Los cañoneros *Bonifaz*, *Lauria* y *Laya*, las lanchas *M-3*, el también cañonero *Recalde* y las compañías de desembarco del acorazado *Alfonso XIII*, inscribieron sus nombres con brillantes caracteres en las resultas de estas actividades.

La situación, no obstante, no habría de mejorar. Abd el Krim había organizado un fuerte ejército y un conato de administración, que tuvo incluso alientos exteriores. El Raisuni volvía a ser su amigo y comenzaba a hostilizar nuevamente a las fuerzas españolas en la zona occidental. La guerra de Marruecos se estabilizaba y volvía a ser el eje de la vida política española.

Maura dimitía al disentir de un plan que proyectaba el desembarco en Alhucemas, propugnado por Berenguer, y que al parecer contaba con la aprobación del rey, y un nuevo gabinete Sánchez Guerra lograba la paz con El Raisuni, lo que en el sentir de Bordejé resultó una claudicación que repercutió muy directamente en la moral de las fuerzas armadas.

El general Burguete, sustituto de Berenguer en la Alta Comisaría, considerado como africanista nato, limitó al máximo las operaciones militares y navales y redujo también el teatro de operaciones de la zona oriental, siempre amenazada por Abd el Krim. Sin embargo, la actividad naval fue notable en 1922, estableciéndose un estrecho bloqueo en el litoral africano con apoyo de los Peñones, muy amenazados. El cañonero *María de Molina* y el crucero *Reina Regente* tuvieron destacadas intervenciones en los bombardeos de cabillas o protección de convoyes, siendo también importante consignar la intervención por primera vez de la aeronáutica naval y de la fuerza submarina, dos modernas aportaciones de la Armada en las operaciones.

Con todo ello el panorama bélico mejoró notablemente, lo que permitió una nueva y más convincente reestructuración de las fuerzas navales que operaban en el protectorado, descargando principalmente a la escuadra de Instrucción de ciertas misiones de vigilancia y bloqueo. Se integraron los once guardacostas con toponimia marroquí (*Tetuán, Alcázar, Larache, Arcila y Xauen*), con los seis *Uad*; se agruparon con independencia cruceros, cañoneros y gasolineras, y la escuadra de instrucción al mando del vicealmirante Gómez Rube quedaba integrada por los tres nuevos acorazados tipo *España*, con los destructores *Villaamil, Cadarso* y *Bustamante*, más los torpederos 5 y 14. La división de submarinos fue retirada del teatro de operaciones y el alivio de la presión se hizo patente.

El gobierno de García Prieto a fines de 1922 sería el último de los parlamentarios, y a comienzos de 1923 se creía que las operaciones en Marruecos mantendrían idéntica tónica, en base a pequeñas operaciones centradas alrededor de Alhucemas, de cuya ocupación el Gobierno opinaba que no sería suficiente para acabar la guerra. Fue preciso entablar nuevos contactos con Abd el Krim, que no fructificaron en ningún acuerdo por condicionar el cabecilla moro el reconocimiento de la República del Rif, por lo que de nuevo la idea de la toma de Alhucemas volvió al tapete de las decisiones políticas. A la Marina le iba a corresponder la acción principal, con el planteamiento de una compleja operación anfibia con simulacro de desembarco en Sidi Dris, y otro de gran envergadura en la bahía de Alhucemas, bajo el mando directo del almirante de la escuadra. La operación, sin embargo, no se llevaría a cabo por presiones gubernamentales y el rechazo del ejército.

Como la tregua impuesta por Abd el Krim se rompió y el fantasma de un nuevo Annual seguía latente, se adoptaron con improvisada precipitación nuevos planes en los que la Marina jugaba el papel de subordinado (Bordejé), pero su participación iba a ser muy activa. Aunque sólo se trataba de un simu-



El acorazado *Jaime I* y el crucero *Reina Victoria Eugenia* bombardeando las posiciones rifeñas durante el desembarco de Alhucemas (7 de septiembre de 1925). (Acuarela: G. González de Aledo. Museo Naval, Madrid).

lacro de desembarco, se iba a concentrar por primera vez frente a Alhucemas a la casi totalidad de las unidades de la escuadra de África, aeronáutica naval incluida, con el viejo *Dédalo* en vanguardia. La costa entre cabo Quilates y Sidi Dris, así como Axdir, feudo de Abd el Krim, fue duramente batida, pero a pesar del fuerte despliegue naval no se conseguiría ningún resultado práctico salvo la liberación de Tifaurín. El Gobierno español, en su modesta ambición, se consideró satisfecho, pero la Marina tuvo que pagar un alto precio con el embarrancamiento y pérdida del *España* frente al cabo Tres Forcas, a consecuencia de la niebla.

En el crítico periodo histórico que abarca toda la guerra de Marruecos, con sus desconcertantes periodos o fases estabilizadas, si el ejército fue el gran protagonista del país, la Marina en cambio, como en tantos momentos de la historia patria, fue la gran olvidada o sólo se contó con ella en rangos subordinados. Entre 1921 y 1923, sin embargo, las actividades de la Armada fueron constantes e intensas, pero no demasiado conocidas ni valoradas por una opinión pública de mentalidad continental. Y como la política africana del último gobierno parlamentario de García Prieto fue también un fracaso, habrá que esperar que las armas, años más tarde, hablen de nuevo cuando el caos y

la descomposición peninsular en tan amplia gama de actitudes impongan un nuevo golpe de timón. Volveremos entonces a encontrar a la Armada en su puesto de honor y sacrificio.

El desembarco de Alhucemas: el principio del fin

Para el ejército español y para los poderes públicos asumidos por el general Primo de Rivera tras el golpe de Estado de septiembre de 1923, el problema mayor era el poner fin a la guerra de Marruecos y no sólo con penetraciones pacíficas que después del desastre de Annual (21 de julio de 1921) eran imposibles, sino mediante una victoria armada. En octubre de 1923 se pensó en una solución negociada con Abd el Krim, el cual no estaba dispuesto a aceptar nada que no fuese una independencia total. A comienzos de 1924 se proyectó una retirada del ejército en la zona oriental hasta Melilla y el repliegue en la zona oriental desde Xauen, pero esto fue visto con desagrado por el ejército, que comenzó a tachar al dictador de abandonista.

En julio de 1924 Primo de Rivera hizo su primera visita oficial a Marruecos; reclamó la presencia del teniente coronel Franco, jefe de la Legión Extranjera y se trasladó de Ceuta a Melilla a bordo del crucero *Reina Victoria Eugenia*. En un almuerzo en Ben Tieb con los oficiales y jefes de la Legión y Regulares, expuso su política marroquí, coreada por un discreto abucheo, y la interrupción del laureado comandante José Enrique Varela, que no dudó en decirle «mal, muy mal, mi general», y que seguramente se libró de un fuerte arresto dado el prestigio que tenía entre sus tropas.

Pero la suerte fue propicia a Primo de Rivera a comienzos de 1925, pues ensoberbecido Abd el Krim con sus éxitos, lanzó 40.000 de sus hombres sobre el Marruecos francés pensando provocar un pánico como el de Fez en 1912 y fue tal ataque el que propició la colaboración franco-española, que darían como resultado el desembarco de Alhucemas y la posterior pacificación del territorio.

Primo de Rivera se entrevistó con el mariscal Petain, jefe supremo del mando militar en Marruecos, el 21 de agosto, concertándose las futuras operaciones combinadas. Por parte española, las fuerzas de desembarco estarían formadas por las columnas de Saro y Fernández Pérez, con Sanjurjo al mando de todas las unidades y Franco en la vanguardia legionaria. Primo de Rivera, siguiendo el ejemplo de O'Donnell en 1860, se dio el mando a sí mismo, y en la mañana del 8 de septiembre se asaltaba a las playas de Alhucemas con participación total de 19.000 hombres y una potente escuadra franco-española. En el último momento la operación estuvo a punto de suspenderse por la temida aparición del viento de levante, pero afortunadamente no fue así.

La batalla comenzó a las 1130 de la mañana cuando la columna del general Saro plantaba sus pies en la playa de la Cebadilla, amparada por la cortina de

metralla que las flotas española y francesa lanzaban sobre las posiciones marroquíes. En un día desembarcaron 10.000 hombres y sólo hubo que lamentar 124 bajas. El factor sorpresa había sido determinante, y Abd el Krim se vio en la necesidad de distraer fuerzas del sector francés, pero la invasión era ya imparable. Las numerosas elevaciones que rodean la bahía de Alhucemas fueron tomadas una por una en una guerra sin cuartel en la que se hicieron pocos prisioneros. La punta de los Frailes y la península de Morro Nuevo fueron abatidas por los regulares de Melilla y el tercio de la Legión, a cuyo frente se encontraba el entonces coronel Francisco Franco.

Los rifeños retrocedían, pero el día 22, tras el intento de la toma del monte Malmusi, las tropas españolas sufrieron un serio contratiempo con numerosas bajas, sobre todo en los cuadros de la oficialidad de regulares. A pesar del tropiezo se volvió a la carga contra las mismas posiciones, rodeándolas, y la estrategia dio resultado. Se conquistó monte Malmusi y Morro Viejo y se obtuvo el control de la cala del Quemado. La lucha continuó siendo sin cuartel por una y otra parte, pasándose a cuchillo a los prisioneros de uno y otro bando.

El golpe definitivo se asestó el 30 de septiembre. Los moros se habían replegado en lugares estratégicos, como los montes Paloma, Taramara y Buyibar, pero las columnas de Franco, Goded y Martín Vera dominaron tales posiciones. La moral de los rifeños se quebrantó y las cabilas comenzaron a someterse en todo el Rif, mientras los soldados de Abd el Krim retrocedían a la desesperada hasta Axdir, ciudad natal del cabecilla, que fue conquistada el 2 de octubre. Abd el Krim se rindió a los franceses, que lo internaron en la isla de la Reunión, y Sanjurjo pudo informar a las más altas instancias del final de la guerra. Había concluido una pesadilla que desde 1909 a 1927 había costado a España dieciséis años de esfuerzos y 50.000 muertos. El honor y la gloria siempre cuestan un alto precio.

